

Metafísica de la esperanza en el pensamiento de Gabriel Marcel y su aporte a una época de crisis

Javier Varela Rojas. Cedula: 80763947

Universidad Nacional Abierta y a Distancia. UNAD

Zona Amazonia Orinoquia

Escuela de Ciencias de la Educación

Programa de Licenciatura en Filosofía

Acacias meta

Junio 2017

Metafísica de la esperanza en el pensamiento de Gabriel Marcel y su aporte a una época de crisis

Javier Varela Rojas. Cedula: 80763947

Universidad Nacional Abierta y a Distancia. UNAD

Zona Amazonia Orinoquia

Escuela de Ciencias de la Educación

Programa de Licenciatura en Filosofía

Acacias meta

Junio 2017

Tabla de contenido

1. Planteamiento del problema.....	5
2. Justificación.....	6
3. Objetivo general	8
3.1 Objetivos específicos	8
4. Marco conceptual y teórico	9
4.1 Gabriel Marcel: componentes afectivos y socio culturales que influenciaron su pensamiento	9
4.1.1 Su vida.....	9
4.1.2 Su época.	10
4.1.3 Su pensamiento.	11
4.2 Sobre la metafísica	14
4.3 Del concepto de la esperanza	17
4.3.1 La esperanza como vitalidad y superación.....	18
4.3.2 Esperanza y fe.	21
4.3.3 Esperanza, ser y tener.....	22
4.3.4 La esperanza como trascendencia.	25
4.3.5 La desesperanza y el suicidio.....	27
4.3.6 Esperanza frente a la muerte.	29
4.4 Principales elementos que definen la postmodernidad como una época de crisis	30

4.4.1 La crisis de identidad.	30
4.4.2 Consumismo.....	32
4.4.3 La incertidumbre.	34
4.4.4 La crisis humana y la fragilidad de los vínculos humanos.....	36
5. Conclusiones	41
6. Bibliografía	46

1. Planteamiento del problema

Gabriel Marcel, ofrece una reflexión acerca de los criterios universales que pueden servir de referentes al hombre para posicionarse frente a su existencia y lo hace preguntándose acerca de quién es el hombre y qué tipo de decisiones salvaguardan su libertad y dignidad. Reconoce el sufrimiento como condición inherente al ser humano, pero a la vez supera toda visión pesimista que se padece en tiempos contemporáneos, resaltando el valor de la esperanza como vitalidad frente a la amenaza destructiva.

Por otro lado, en la caracterización que Bauman, (2003) hace de nuestra época posmoderna, utilizando el concepto de modernidad líquida, nos presenta entre otros elementos de la sociedad actual la crisis de identidad, la incertidumbre y la fragilidad en los vínculos humanos derivados de la carencia de valores sólidos. Para este filósofo contemporáneo, lo que causa crisis y falta de certeza en los individuos no es tanto la búsqueda de un espacio social afirmativo de identidad y luego conservarlo, sino la sospecha de que ese marco de actuación social fuente de seguridades y de reconocimientos terminará desvaneciéndose. En un tiempo en que todo es relativo y las posiciones frente al mundo se asumen de acuerdo a la elección personal, es necesario preguntar si en ese ejercicio de la libertad, todo tipo de postura es igualmente válida o son necesarios algunos referentes. Según lo anterior, es necesario plantear el siguiente interrogante ¿qué aporte teórico hace la metafísica de la esperanza de Gabriel Marcel a la filosofía moral en una sociedad líquida caracterizada por la crisis de identidad, la incertidumbre y la fragilidad en los vínculos humanos? Un panorama de crisis debe ser el terreno más apto para asumir una actitud interrogativa, pero sobre todo una actitud que trace una ruta esperanzadora, en este sentido el planteamiento de Gabriel Marcel, quien presenta la esperanza como vitalidad frente a una amenaza destructiva puede generarnos altas expectativas.

2. Justificación

En una época posmoderna, calificada por muchos como un tiempo de crisis humana o de interioridad, vale la pena preguntarse si la filosofía o la metafísica hacen algún aporte a la vida práctica del hombre. La filosofía carece de interés a menos que tenga repercusión en nuestra vida y nos diga algo para entenderla mejor. La filosofía no debe ser reducida a una materia de enseñanza a través de métodos aburridos, con la que se encuentran los estudiantes en una etapa en que se supone se formaran como seres críticos capaces de transformar o por lo menos comprender su realidad.

Es necesario estimular la capacidad de pensar con rigor para lograr dar respuestas a los problemas de la propia existencia. Marcel pone en contacto el pensamiento filosófico con la vida misma, trasladando el punto de partida de la metafísica de un yo pienso abstracto a un yo existo concreto, una relación entre lo vital y lo intelectual, filosofía y vida cotidiana.

En una época de razón, progreso y libertad, como la que vivimos, no parece muy prudente considerar que todas las posiciones que se asumen frente a la vida y frente al mundo son igualmente defendibles o están a un mismo nivel. El hombre necesita puntos de referencia para adoptar sus posiciones de manera coherente. La reflexión acerca de criterios universales desde los que elegir es imprescindible, y la aportación de Marcel puede ser muy valiosa.

El autor propone observar quién es el hombre y a partir de ahí valorar qué prácticas respetan su dignidad y cuáles resultan una aberración. Marcel nos ubica frente a la vida, la muerte y la trascendencia; nos permite ver que nacemos para morir, pero a la vez nos hace pensar en el valor eterno del vivir. Marcel nos presenta el carácter irracional y la complejidad del existir inmedible por los patrones de medida ofrecidos por la ciencia; así nos insiste en que, en toda realidad, pero especialmente en el mundo humano, el pensamiento se encuentra con algo que le desborda

porque es imposible categorizar.

Reconocer que nos equivocamos o que necesitamos orientación para tomar mejores decisiones hace parte de esa capacidad que tiene el hombre de aprendizaje, como un ser siempre en vía de construcción, como ser itinerante, siempre en proceso aun después de la muerte, en la que Gabriel Marcel nos hace pensar. De igual manera el pensador manifiesta que la esperanza es la pieza esencial para acceder al sentido de una existencia libre, es su principal aportación respecto al problema de la temporalidad.

3. Objetivo general

Analizar los principales postulados del pensamiento del filósofo Gabriel Marcel entorno a la metafísica de la esperanza, a través de la identificación de elementos teóricos que aporten asertivamente a la crisis actual con el fin de lograr superar la visión pesimista y desalentadora generada por la incertidumbre y la carencia de valores sólidos propios de nuestra época.

3.1 Objetivos específicos

Identificar los principales componentes afectivos y socio culturales que influenciaron el pensamiento de Gabriel Marcel.

Describir el concepto de metafísica de la esperanza desde el pensamiento filosófico de Gabriel Marcel.

Delimitar los principales elementos que definen la postmodernidad como una época de crisis.

Determinar los elementos en el pensamiento de Gabriel Marcel que pueden dar respuesta a la crisis de valores de la época actual.

4. Marco conceptual y teórico

4.1 Gabriel Marcel: componentes afectivos y socio culturales que influenciaron su pensamiento

Reconocer la vida de Gabriel Marcel resulta fundamental ya que, su pensamiento es el fruto de las experiencias de vida en una búsqueda permanente de respuestas a su propia existencia. Como él mismo lo manifiesta en sus conferencias, es el viaje de su propia vida y el desenlace de su propio drama, quien le ha permitido aclarar unas verdades fundamentales. El filósofo no ha llegado a sus conclusiones como producto del razonamiento o la especulación, sino que hace sus reflexiones a partir de la experiencia vivida.

4.1.1 Su vida. Marcel nació en París, el 7 de diciembre de 1889. Su padre era uno de los hombres mejor formados de su tiempo y había ocupado importantes cargos. Su madre murió muy joven, cuando Marcel solo tenía cuatro años de vida, hecho que representó la tragedia a la que se tuvo que enfrentar marcando su vida y su pensamiento. Años más tarde la cuestión de la muerte se presenta en toda su obra filosófica y sus piezas teatrales. Siendo hijo único, fue criado por su padre, su abuela y su tía, quien más tarde se convertiría en su madrastra, en un ambiente de extremos cuidados y exigencias, que le hacían sentir comprometido y tal vez oprimido. El ambiente competitivo de la enseñanza secundaria solo logró producir en él un resentimiento, excepto en la clase de filosofía, que consideraba el único campo abierto para explorar su espíritu y sentirse libre. Deseó consagrarse a la música por considerarla una especie de liberación milagrosa; fue dramaturgo y sus obras son la proyección de esos personajes que incidieron directamente en su propia existencia.

Aunque recibió una educación agnóstica la realidad religiosa es centro de su reflexión. La etapa decisiva que marca el itinerario religioso, es su conversión al catolicismo a la edad de

cuarenta años. Luego tiene que superar un periodo de confusión existencial y religiosa. Los primeros ensayos filosóficos manifiestan un claro avance del itinerario intelectual sobre el religioso. Aun cuando Marcel no se definía como creyente, muestra bastante interés en la fe. En las últimas décadas de su vida Gabriel Marcel vuelve sobre este pasado, como tratando de resolver un enigma no descifrado. En sus textos retrospectivos busca comprender el despertar del interés filosófico, y también existencial, por el cristianismo como se observa en Pérez, (1990)

Citando a Marcel:

Usted sabe que yo he sido educado sin ninguna religión y, por lo tanto, a partir del momento en que empecé a pensar por mí mismo filosóficamente, he sido elevado irresistiblemente a pensar en favor del cristianismo, es decir, a reconocer que tenía que haber en el cristianismo una realidad extremadamente profunda, y que mi deber, en cuanto filósofo, era buscar cómo esta realidad podría ser comprendida. Es en realidad un problema de inteligibilidad lo que entonces fue para mí. (p.9).

4.1.2 Su época. La Primera Guerra Mundial influyó notablemente en el pensamiento de Gabriel Marcel, fue llevado a filas, y se incorporó al servicio de la Cruz Roja. Situación que lo llevó a considerar la guerra, no tanto desde una perspectiva política, sino más bien desde una perspectiva existencial, en sus efectos sobre la imagen moral de los seres humanos. Es casi seguro que aquí está el origen remoto de lo que mucho más tarde, una vez pasada ya la Segunda Guerra Mundial, lo impulsó a escribir el siguiente texto.

En lo que se refiere a mi evolución interior, cobra importancia fundamental toda la serie de problemas que traía consigo la resistencia y la colaboración francesa, por un lado y los crímenes nazis y de los soviéticos, por otro, y lo mismo vale para los problemas que resultaban de las depuraciones políticas y de sus enmarañadas consecuencias". (Perez1990, pág. 10).

Además Marcel (2003) en sus obras nos ofrece una mirada muy concreta y lúcida de la situación del hombre contemporáneo. En la que Para él la época moderna se caracteriza por tener como eje central la función; «La visión de la técnica y los artefactos hacen ver al hombre mismo como un «simple haz de funciones» (Marcel, 2003 p.23)

El autor explica lo anterior en termino se reduccionistas a concepción del hombre a solo ser considerado como un haz de funciones vitales y sociales. En el caso de las funciones vitales, los grandes responsables de que se las mire como meras funciones son el materialismo histórico y el freudismo. En cuanto a las funciones sociales, la misma sociedad se ha organizado de tal manera que funcionaliza al ser humano y lo reduce a su función de consumidor, productor, ciudadano, Las funciones psicológicas que podrían bien abrir una brecha en este panorama deshumanizador, han sido asimiladas ya a las funciones vitales, ya a las sociales (Marcel, 2003).

Esta óptica del mundo con base en las funciones mencionadas ha eliminado o ha tratado de eliminar el concepto de misterio. El hombre al enfrentarse a sucesos tales como el amor o la muerte, comprende que estos no se pueden entender a través de categorías de funciones o que no pueden ser incluidas por una mentalidad científicista, si no que estos sucesos dan cuenta del ser plenamente más cuando se entienden desde solo categorías se reduce a lo que Marcel (2003) denomina “un racionalismo degradado”.

4.1.3 Su pensamiento. Para Marcel, la filosofía debe ser una actitud, un compromiso personal que para este momento histórico proporcione un diagnostico frente al riesgo de deshumanización que sobrelleva el desarrollo intensivo de la técnica. Cree que debe haber una convergencia entre filosofía y religión, aunque el instrumento de la primera debe ser la reflexión y de la segunda la fe. El problema religioso es el centro de las inquietudes de Gabriel Marcel.

Puede afirmarse que Marcel desarrolla una filosofía de la existencia que reflexiona sobre la

religión desde la experiencia. Marcel plantea la hipótesis de una inteligibilidad propiamente religiosa, y despeja las condiciones que permitirían definirla y justificarla. Intenta distinguir de manera radical el saber y la fe: el paso del yo pienso al yo creo. Encontrará su cumplimiento concreto en la experiencia vivida. Así encontramos el punto de encuentro de los dos itinerarios en la parte del Diario metafísico publicado en Ser y tener.

Al parecer, el propósito de las obras de Marcel es permitir al lector ir más allá de los propios problemas de la razón para penetrar en ese misterio del ser, como queriendo sobreponer lo ontológico a lo intelectual. Para Marcel el *ser* es un ser abierto a la auténtica trascendencia, un *ser* que debe ser entendido no frente a otros sino en comunión con otros. Según el filósofo, nuestro *ser* en su trascendencia se encuentra en comunicación con Dios especialmente en ciertas actitudes como la esperanza y el amor.

Sin embargo, el acceso al *ser* auténtico se obstaculiza cuando se asumen actitudes morales de superficialidad o de orgullo. La superficialidad consiste en asumir solamente una actitud crítica de la actividad objetiva y negar el ser trascendente, el Ser de Dios. El orgullo, por su parte, es la actitud de encerrarse libre y arrogantemente en el propio ser finito. Para Marcel, estas dos actitudes solo pueden llevar a la incertidumbre la desesperación y el suicidio. En este sentido el llamado del filósofo es a tener una actitud espiritual para descubrir nuestro *ser* auténtico.

Entre las críticas a Marcel encontramos los argumentos de Derisi, en su tesis para doctorado. En la que señala que, Marcel acusa a la inteligencia de no poder penetrar en el corazón mismo del ser y de esta manera desconoce la verdadera naturaleza de la vida intelectual. Sujeto y objeto no tienen el significado que Marcel les da: sujeto es el verdadero *ser* y objeto es la forma como la inteligencia lo concibe y lo deforma. Mientras Marcel se esfuerza por alcanzar al *ser* en su misterio ontológico, sin objetivarlo, para Derisi sujeto y objeto son ambos *ser* y por tanto

considerar al *ser* como objeto no es desnaturalizarlo o quedarse frente y exterior a él sin aprehenderlo en su misma esencia, sino la única manera de captarlo como realmente es. Esta aprehensión se logra gracias a la inmaterialidad del acto que en la intelección llega a ser total espiritualidad pues la espiritualidad incluye cognoscibilidad. En síntesis, para Derisi, el sujeto no queda más acá inalcanzado por la reflexión crítica y a la realidad que no se accede por la vía de la inteligencia no se puede acceder por la vía irracional como lo propone Marcel. Esta parece ser, en general la crítica al existencialismo. Solo por la vía de la inteligencia se accede a la realidad y no por la vía de la irracionalidad.

Situarse frente a una u otra postura, tal vez siga siendo tema de interrogación. Sin embargo, para Derisi, el análisis de Marcel en torno a nuestro ser abierto y en comunicación con la trascendencia en actitudes espirituales como la fidelidad y la esperanza conservan su valor. Adicionalmente reconoce que las conclusiones a las que ha llegado Marcel no son fruto del frío razonamiento, sino a la respuesta al final del viaje de su vida, sus experiencias naturales y sobrenaturales.

Marcel hace una nueva conceptualización del misterio, queriendo definirlo como presencia inherente de la trascendencia del ser, infinito e inagotable. Su pensamiento determina la perspectiva del personalismo dialógico, desde donde tal vez sea posible construir un diálogo entre filosofía y teología. Un tema central dentro de su pensamiento es la experiencia o misterio del mal, pues se toma muy en serio el tema del sufrimiento humano, y traza una ruta esperanzadora abriéndose a la experiencia cristiana. El filósofo ve el mundo al borde de la trágica de destrucción y deshumanización. Por eso, hace una mirada crítica a la misma libertad humana y descubre la capacidad de odio, de crueldad, de posibilidad de destrucción. Una de las aportaciones más valiosas del pensamiento de Marcel es el análisis de la trascendencia

existencial en sus modalidades fundamentales del amor, de la fidelidad y de la esperanza. Su pensamiento coincide en puntos relevantes con Heidegger como lo veremos más adelante. Se consideró a sí mismo como neo- socrático con pensamiento interrogativo.

4.2 Sobre la metafísica

Para el filósofo, el hecho de existir en el mundo ha sido motivo de inquietud y preocupación a través de los tiempos. La pregunta por el ser y la búsqueda de la esencia del fundamento del existir, parecen irresueltos aún. Para el autor la pregunta por el existir es también una pregunta por la nada y la pregunta por la muerte se pone frente al problema de la duración y la trascendencia. Esas preguntas por el existir, desde la mirada de un observador, o un investigador, siempre están determinadas por los métodos de las ciencias. Pero estas son tan diversas y distantes por el modo de abordar sus objetos, con el fin de hacer un acercamiento a la esencia de cada cosa, concediendo la primera y última palabra al ente. El respecto Kant (.....) señaló que la razón humana tiene límites, por lo que es necesario aceptar que la investigación tiene límites. En consecuencia la existencia parece tener un carácter complejo al que el método científico no ha podido aún dar explicación.

Un investigador sólo consulta por el ente pero no por algo fuera de él. Es allí, justamente, donde nace la pregunta del filósofo: ¿y qué pasa con la nada? Al parecer, el cuestionamiento por la nada y el *ser*, ha quebrantado el poder del entendimiento. Todos hablamos de la nada, pero no la podemos definir, pues al definirla se convertirá en algo que es contradictorio a su *ser*, pues se supone que no podemos decir de la nada que es algo, si es nada. La podemos entender como lo que no es, desde el plano científico lo que no tiene ente, u objeto, pero no podemos preguntarnos por ella, pues donde la hallaremos si es nada. Entonces solo podemos decir que, aunque no la podamos definir, ni preguntar por ella, la conocemos pues hablamos de ella en todas partes.

Para Heidegger citado en Derisi, la nada es un estado que se descubre en la angustia y por lo tanto constituye un aspecto que sobrepasa al ente en su totalidad. En otras palabras, es lo que caracteriza al ser en su trascendencia. De ahí que surja una pregunta por la nada que obliga a poner la mirada en la metafísica, entendida como una interrogación sobre lo que va más allá del ente. Para Marcel, la metafísica no debe estar alejada de la realidad por el pensamiento abstracto, sino que debe estar inmersa en la profundidad de la realidad concreta. Este fenómeno es entendido para Marcel con el concepto de encarnación, el cual se presenta como el dato central de la metafísica. Este término lo usa para describir la situación de un ser ligado no accidental sino esencialmente a un cuerpo, es decir, el autor presenta que entre los polos materia-espíritu, alma-cuerpo se da una unidad indisoluble y misteriosa. Marcel plantea la posibilidad de superar este planteamiento contradictorio que el idealismo y el materialismo consideran irresoluble. Ellos tienden a desconocer al cuerpo, en el caso del primero, y al espíritu, en el caso del segundo:

«Bien entendido, lo que es común aquí al idealismo y al materialismo es la repuesta radical que oponen al dato básico que constituye la encarnación» (Marcel, 2003 p 109).

Aquí el autor expresa que no somos sólo cuerpos, sino que hay un ser que nos anima, es decir, que somos seres encarnados. Ahí se observa la vinculación que Marcel hace de la existencia personal con el misterio ontológico, colocando un lazo entre el cuerpo y el espíritu, involucrando aún preguntas sobre el fin del cuerpo después de la muerte.

En cuanto a la muerte, Marcel señala una existencia en una dimensión limitada por el tiempo. Esto quiere decir que un día se *es* pero posiblemente al día siguiente ya no, porque el *ser* desde el nacimiento está equipado por un chip de la muerte. Frente a esta postura, el autor asume que es preciso reconocer que nacemos para morir, pero también tenemos la opción de pensar que vivir

tiene un valor eterno.

Derisi, citando a Heidegger, señala que el autor resalta la condición moral y finita de la existencia. Lo anterior quiere decir que la condición del existir exige al *ser* fidelidad a la esencia del hombre la cual es humanística y por lo tanto lo empuja a creer en la potencia humana y crear un mundo lleno de valores en los que se incluye lo espiritual y eterno. Este esfuerzo afirma lo finito que lo remite a lo trascendente e infinito como un traslado del mundo de la naturaleza al mundo del espíritu, que libera al hombre de su finitud y de la muerte. Para Heidegger citado en Derisi, el *ser* tiene que hacer surgir dialécticamente la vida del espíritu del mundo de la existencia. No la que ofrece la religión como realidad sobrenatural, sino como vida del espíritu concreta, constructiva y compatible con su condición finita. Sin embargo, esta no sería una filosofía del espíritu sino una filosofía del ser. La vida espiritual no se identifica con la dialéctica del ser, sino que la asume, como un momento en particular.

La trascendencia no es, la opresión de la existencia, sino el único modo con que el existir puede garantizar la propia libertad: nacida en lo finito y para lo finito, es la garantía de un orden de lo finito. No es la rebelión contra la filosofía, sino la valoración crítica de toda filosofía. ¿No es la dialéctica trascendental lo que en Kant transforma a Dios en un principio regulativo y condena toda metafísica dogmática que pretendía resolver y sistematizar definitivamente todos los problemas metafísicos? (Heidegger, 2001 pag.6).

El existencialismo nos muestra que el mundo del existir, puede ser alcanzado sin reducirlo ha pensado, plantea el problema del estudio de la contradicción como fundamento del existir. El hombre no es solo razón, es también imaginación, emoción y sentimiento moral. Es por eso que Marcel con su filosofía nos ubica no frente al problema del yo pienso, sino el yo creo y nos lleva a pensar que el pensamiento no puede desligarse del sentimiento y de los sentidos si es humano.

Marcel, considera la inteligencia humana como Inteligencia sentiente.

Según Marcel, (2003) las categorías con que pensamos las realidades del hombre, como el espíritu, no pueden ser rígidas y cerradas, sino flexibles, abiertas y simbólicas. En toda realidad, pero especialmente en el mundo humano, el pensamiento se encuentra con algo que le desborda y que no se puede categorizar. El misterio del ser desborda las categorías de absoluto o relativo, trascendente o inmanente, subjetivo u objetivo, ya que estas categorías son incompletas e inadecuadas para objetivar su realidad. Las únicas categorías adecuadas para pensar la realidad del ser son las categorías personales, jamás lo serán las del pensamiento objetivista y cosificador.

Heidegger manifiesta su incertidumbre por saber si la cibernética sustituirá a la metafísica. Mientras tanto, Marcel nos impulsa y anima con su ejemplo a luchar para que esto no ocurra. Debemos mantener esa lucha para que el mundo sea humano, también el mundo del pensamiento. La epistemología personalista sostiene que el conocimiento racional objetivo no es capaz de captar en su complejidad las realidades humanas personales. Sea como sea, la profundización de las relaciones entre existencia y vida espiritual constituye un hondo tema de discusión para el pensamiento contemporáneo.

4.3 Del concepto de la esperanza

Aunque, quizás en alguna clase de educación primaria nos enseñaron que la esperanza era un valor, hoy podemos decir, que la esperanza es un término desvalorizado. Un concepto que no despierta mucho interés, porque creemos que no puede aportarnos mucho en la solución de los grandes problemas. Tal vez en nuestras clases de ética y valores nos siguen recordando esas palabras, que a veces se quedan sin eco en la vida práctica. Al igual que este valor, otros como la fe y el amor están en la misma condición.

Sin embargo cuando se examinan las características de la sociedad postmoderna, tema que se

desarrolla más adelante, en aspectos específicos como la crisis de identidad, la incertidumbre y la fragilidad en los vínculos humanos derivados de la carencia de valores sólidos, en una sociedad de consumo donde las personas confunden lo que son por lo que poseen, la esperanza, entre otros elementos de la filosofía de Gabriel Marcel puede permitir redefinirnos como personas en medio un mundo de incertidumbres.

El recorrido por algunas obras de Marcel y los comentarios de quienes las han estudiado, nos permitirán reconocer el verdadero valor de la esperanza, no solo como respuesta a la vida personal, sino a la crisis social. Como se ha mencionado, la reflexión Marceliana parte desde la experiencia personal, y es desde allí donde, no solo podemos identificarnos, sino identificar a una sociedad con vivencias, experiencias, formas de sentir y pensar en común. Así, como Marcel podemos sentir la tragedia existencial o sentir la desesperanza que produce la enfermedad, la muerte, la guerra, la pobreza o la injusticia social.

Considerar la desesperanza es fundamental para Marcel, no solo por el contacto que tuvo con aquellos filósofos y dramaturgos que vivían en un estado de angustia y desesperanza a causa de la guerra, sino porque la vio como una etapa previa y esencial para la adquisición de la virtud de la esperanza, que es, precisamente, "la lucha activa contra la desesperanza". De esta manera, se reconoce el estado de la desesperanza como punto de partida para alcanzarla, y yo diría, como el estado que nos obliga a buscarla.

4.3.1 La esperanza como vitalidad y superación. Para Marcel (2005) la esperanza mide lo que queda de vitalidad frente a una amenaza destructiva. Esta vitalidad no es orgánica, sino espiritual. Para este filósofo, es necesario considerar elementos como lo son Dios y la fe, en este sentido, la esperanza es aliento, fuerza, respiración del alma, como él mismo la llama:

Esperanza no es simple optimismo, ni simple paciencia, sino que está en un nivel más alto

puesto que ser optimista es simplemente mantener la ilusión de que todo va a salir bien, en tanto que esperar es subsistir a la destrucción. En cuanto a ser paciente es como un “darse el tiempo” y “respetar la duración de”, en cambio, la esperanza va más allá de estos conceptos y se presenta como rechazo a una situación que produce dolor o sufrimiento (Marcel, 2005, p.49).

Frente a la amenaza destructiva, expresa Marcel, (2005) la conciencia se encuentra frente a dos mecanismos que actúan en sentidos contrarios. Por un lado mantener la esperanza de que los deseos pueden hacer realidad y por el otro pensar que no hay ninguna razón para que suceda un milagro, la esperanza es aquella que supera el deseo de la desesperación; la desesperanza tiene que ver con perder toda ilusión anticipando al hombre a la destrucción la cual se deriva del temor o la impaciencia. En escaso el hombre puede resistirse con todas sus fuerzas a esta situación que lo puede conducir a la enfermedad la prisión puesto que es una no aceptación de la realidad Marcel, (2005).

Y es que, en lo que Marcel describe como esperanza hay una resistencia a lo que se presenta como realidad y una búsqueda de otra verdad, que tal vez es la que da la fe. Una negación a la razón y una inclinación, tal vez, a lo que comúnmente se dice la voz del corazón.

Para Marcel, la esperanza tiene el sello existencial de la fe “Así se caracteriza lo que podemos llamar la marca ontológica de la esperanza: esperanza absoluta, inseparable de una fe también absoluta y que trasciende todo condicionamiento, y por lo mismo toda representación, sea la que sea (Marcel. 2005. P. 58).

En este punto, es válida la argumentación que en alguna oportunidad escuché en la predicación de un cristiano: frente a la enfermedad o al diagnóstico médico que dictamina una enfermedad incurable un enfermo puede asumir dos posturas: creer en ese diagnóstico, resultado de exámenes que se convierten en realidad innegable, que además la padece en su carne; o

establece una diferencia entre “realidad” y “verdad”, decide creer que Jesucristo es lo que dijo de sí mismo: la verdad, sus milagros fueron verdad, sus palabras fueron verdad y la sanidad es verdad. El enfermo tiene la opción de la “realidad” o la “verdad” (esa verdad). Con estas palabras el predicador insta a la fe. Hay otras opciones, no mencionadas, que puede asumir el enfermo como la opción de creer en la experiencia del médico o en las experiencias de otros que no han sanado. Pero la esperanza, tal como lo describe Marcel, trasciende el tiempo, se resiste a tomar por ciertas las experiencias de otros y se atreve a creer en su propia experiencia, como una posibilidad que no depende del pasado de otros, sino como construcción particular de su futuro.

Marcel afirma que existe una experiencia constituida en nombre de la cual se emiten juicios que llegan a conformar, lo que él llama el herbario de la sabiduría universal, una experiencia de la cual se jactan los expertos, limitando de alguna manera la esperanza de los neófitos. Pero hay otra experiencia que está en vía de formación, como una aventura en curso, con la que la esperanza está comprometida. Pues la esperanza, antes de anclarse al pasado se anticipa al futuro, y adquiere ese carácter profético, pues obra como si viera el futuro. Porque para Marcel la esperanza supone una relación entre la conciencia y el tiempo:

Todo nos prepara, pues, a reconocer que la desesperación es en un cierto sentido la conciencia del tiempo cerrado, o más exactamente aun, del tiempo como prisión -mientras que la esperanza se presenta como captada a través del tiempo; todo ocurre como si el tiempo, en lugar de encerrarse en la conciencia, dejara pasar algo a través de él. (Marcel, 2005, p. 65).

En el discurso del predicador mencionado anteriormente, no parece haber reflexión filosófica, pero, así como en el herbario de la sabiduría universal reposan las evidencias de las enfermedades incurables, allí también yacen los misteriosos milagros de sanidad, las inexplicables obras de la fe. Esto hace pensar que el hombre racional no puede ocultar, o pasar

desapercibido esos fenómenos para los cuales no hay explicación racional, ¿acaso se debe el hombre exclusivamente a la razón? Tal vez se deba trascender lo objetivo, o por lo menos, ceder espacio a esos misterios, pues como lo afirma Marcel,

“el misterio mira el resto de la realidad.” (Marcel, 2003. p. 169).

4.3.2 Esperanza y fe. Para Marcel (2003) la esperanza trasciende el tiempo, se resiste a tomar por ciertas las experiencias de otros y se atreve a creer en su propia experiencia, como una posibilidad que no depende del pasado de otros, sino como construcción particular de su futuro. Todo nos prepara, pues, a reconocer que la desesperación es en un cierto sentido la conciencia del tiempo cerrado, o más exactamente aun, del tiempo como prisión -mientras que la esperanza se presenta como captada a través del tiempo; todo ocurre como si el tiempo, en lugar de encerrarse en la conciencia, dejara pasar algo a través de él. Un ejemplo que ilustra claramente esta definición según Marcel (2003) es el siguiente:

“Consideremos, por ejemplo, el caso del enfermo: Esta claro que, si se aferra a la idea de que se curara en tal espacio preciso de tiempo, se expone a desesperarse si la curación no se da en la fecha asignada” (Marcel, 1942, p. 57).

De esta manera se observa que Marcel describe la esperanza como una posibilidad a la que el ser se aferra que no está limitada por el tiempo. Vale la pena precisar que el autor define la esperanza como una posibilidad que va más allá del tiempo inmediato, ya antes se había referido a este concepto desde la fe. Es así como Marcel (2003) en su diario metafísico señala:

La fe, evidencia de las cosas no vistas: constantemente me repito esta fórmula luminosa, pero que no es luminosa sino después. Tomo conciencia cada vez más clara del papel de la voluntad en la fe. Se trata de permanecer en cierto estado que en el plano humano, corresponde a la gracia. (Marcel, 2003, p.23).

Es así como se evidencia que la esperanza es un concepto que está ligado a la fe y son inherentes al ser. Es decir, Marcel (2003) une las experiencias del ser y del espíritu como posibilidades que permiten conocer la verdad la cual a su vez originan la esperanza. Este margen entre la verdad y el ser se colma en cierta manera por sí mismo, desde el momento en que la experiencia de Dios se ha experimentado efectivamente, y son las verdades parciales las que cesan, a los ojos de la fe, de merecer su nombre. Sin embargo, en tiempos actuales, si escasamente se puede hablar de la esperanza, difícilmente se puede mencionar la fe.

En la segunda parte de su obra *Ser y Tener*, en el capítulo de Observaciones sobre la irreligión contemporánea Marcel, (2003) expone las consecuencias que ha traído para el hombre aquella declaración Nietzscheana “Dios ha muerto”. La muerte de Dios en el pensamiento de Nietzsche es la culminación de la transmutación de los valores porque, pues sin Dios todo es válido, ya que los valores dependen de una jerarquía, una vez rota la cual todo pierde su valía y la pérdida de los valores ha supuesto la agonía del hombre. Y de esta manera pareciera que, tras la muerte de Dios, lo que sigue es la muerte del hombre. Tras la muerte de Dios, el nihilismo, por tanto, se ha extendido y el hombre se ha encontrado en una situación de absoluta carencia de referencias o puntos fijos: es un ser que deambula sin ningún apoyo ni asidero; pero el hombre, a pesar de lo que piensan los existencialistas, no puede vivir sin nada a lo que aferrarse, sin algo que le indique una ruta a seguir.

4.3.3 Esperanza, ser y tener. Según Marcel, la esperanza, implica la necesidad de alejarse del mundo del tener y acercarse al del ser. Por lo cual, es necesario distinguir el ser y el tener, en francés el «être» y el «avoir». El «avoir» se refiere a las cosas exteriores a mí mismo, lo que poseo y me es útil, mientras que el «avoir» constituyen aquellas cosas de las que puedo decir «yo soy». Hay que notar que vivir en el mundo del «avoir» hace referencia no solamente a las cosas

materiales fuera mí, sino también a mis ideas, mi cuerpo, y otras personas. El hombre suele convertirse en esclavo del tener (posesiones, conocimientos, bienes) y la obsesión por adquirir esas cosas provoca una tensión entre el deseo de alcanzarlas y el temor a perderlas: se desea aquello que no se posee y al poseerlo se teme perderlo. Como lo afirma Paul O' Callaghan:

“La manera febril en que el hombre siempre se ha esforzado por proteger y defender sus propiedades y posesiones no es más realmente que una manifestación de su temor a perder aquello que antaño fue objeto de sus deseos. La fragilidad de un mundo que no supera el nivel del “avoir” muestra que el hombre haga lo que haga no es capaz de encontrarse contento y realizado dentro de un cascarón de su propia hechura, encerrado en su soledad y en una pretendida auto-suficiencia” (2008, p. 57).

En la segunda parte de su obra *Ser y Tener*, Marcel expone su crítica a tres fenómenos que han impedido que el hombre dirija su mirada hacia el ser y se vea absorbido por el tener: el primero es el racionalismo, un segundo es la filosofía de la técnica y finalmente la filosofía de la vida. Su exposición la realiza en capítulo *Observaciones sobre la irreligión contemporánea*. Con el surgimiento del racionalismo, ya no hay lugar para la fe, para dogmatismos o milagros. Marcel expone como de repente aparece en la historia una cualificación según la cual unos conceptos se convirtieron en avanzados y otros se hicieron retrógrados, en nombre del progreso de las luces (que incluye las facetas ético-política y técnico-científica).

La razón hizo al hombre adulto y cualquier manifestación de fe o creencia hace que se comporte como un niño. Y acaso, nos pregunta Marcel, ¿no existen valores ligados a la infancia? Tal vez, nuestro autor como Jesús desea resaltar la necesidad de hacerse como niños para alcanzar unos bienes espirituales, si se pueden llamar así; una necesidad nacida de observar la insensatez de los actos racionales. El hombre moderno ha optado por la adultez. Pero en esa

sustitución de fe por razón, a nombre del llamado progreso, quizás hay muchos aspectos sobre los que se debe reflexionar.

Marcel, (2003) afirma que Un segundo fenómeno es el del uso de la técnica, según el cual nos convertimos todos en objetos, materia de técnicas cada vez más numerosas y perfeccionadas. Técnicas que constituyen especializaciones que hacen el mundo cada vez más fragmentado, por hombres que se encierran en ellas sin la visión de unidad, que constituye, según Marcel, el fondo mismo de la inteligencia. El mundo se convierte, según sus propias palabras, en una cantera de explotación o esclavo domesticado. La religión al contrario que la técnica, ubica al sujeto en presencia de algo sobre lo que no hay nada que hacer o cambiar, algo frente a lo que solo le queda la entrega. Y por eso afirma: El extraordinario perfeccionamiento de las técnicas está unido a un empobrecimiento máximo de la vida.

Una tercera postura que Marcel cuestiona es la filosofía de lo vital o de la vida, según la cual se establece como primacía el valor de la vida, un valor incuestionable pues, justamente es la vida el principio de todo valor, afirma. Que esta filosofía, por tratarse de una vida en general, como conjunto de fenómenos biológicos y no como mi vida en particular, posee ambigüedades. Esta clase de filosofía, dice Marcel (2003), que es exaltación a la vida, al ahora y al aquí, al vivir el instante, es precisamente una vía de excusa al fin de la vida misma, al suicidio: «Y es que nada está más cerca de la desesperación, de la negación del ser y del suicidio, que una cierta manera de exaltar la vida como instante puro» (Marcel 2003, p. 182).

Según Marcel, no podemos confundir la vida con el ser, y esto es entender que yo no soy mi vida, sino que la vida me ha sido dada, es decir soy antes de vivir y que tal vez, el sentido de la vida es salvar el ser, aun mas allá de mi vida. Acepta que, para algunos el tema de la salvación sea repudiado, pero insiste en ello porque está convencido que tanto la salvación, como la gracia

y el pecado constituyen el corazón mismo de nuestro destino. Marcel termina afirmando que esto es verdad solo para ciertos espíritus. Pero que, si esas verdades se presentaran con otro lenguaje, adaptado a nuestra experiencia, en una reconstrucción crítica, tal vez se constituiría en verdad para todos. Esta distinción de Marcel entre los mundos del «être» y el «avoir», en los que pueden vivir los hombres, se relaciona con la distinción heideggeriana entre la vida auténtica y la inauténtica, concepción en la cual se apoya Marcel.

En los párrafos anteriores se estableció una distinción entre ser y tener. No obstante, Marcel, (2003) plantea un problema del ser y el tener. El del ser consiste en plantearse la cuestión del saber cuál es la materia última del mundo. La reflexión sobre ésta mostrara que la concepción de materia es compleja y confusa y posiblemente no se puede aplicar al mundo en su totalidad. Sin embargo; si se pudiera identificar esta no sería esencial. Mientras que el problema del tener se halla implicado para un sujeto en el hecho de establecer con claridad lo que está adentro (conciencia) y lo que está afuera (conducta). En palabras del autor “el hecho de guardar para sí y el exhibir fuera en este sentido tener comprende en la posibilidad alternar lo que se guarda para sí y lo que se exhibe.

4.3.4 La esperanza como trascendencia. En su obra *Homo Viator*, Marcel hace un reconocimiento de la condición itinerante o peregrina del hombre en este mundo, como sugiriendo un lugar o estado que trasciende al meramente percibido por nuestros sentidos: un más allá, que reconoce puede ser cuestionado:

La idea de viaje, que no se considera habitualmente como dotada de un valor o alcance específicamente filosófico, presenta sin duda la inestimable ventaja de recoger en sí determinaciones que pertenecen a la vez al tiempo y al espacio; y valdría la pena investigar cómo se opera en ella semejante síntesis. Sin duda, se nos objetará que existe un cierto abuso al

extrapolar, es decir, al prolongar más allá del dominio en el que se puede ejercer la observación, una curva que se interrumpe allí donde quizá un aparato determinado deja de funcionar. Pero es justamente aquí donde la esperanza intenta manifestarse en plenitud. (Marcel, 2005. P.19).

En adición, en su obra *Ser y tener*, Marcel (2003) dedica gran espacio al tema del misterio. Afirma que la religión, el arte y la metafísica son las actividades centrales por las que el hombre se sitúa frente al misterio. Este es para Marcel como el meta problema, la trascendencia al concepto de problema del positivismo y por eso afirma:

Un misterio es un problema que se entromete en sus propios datos, que los invade y por eso mismo se eleva por encima de su condición de problema.” Y también dice "Los misterios no son verdades que nos sobrepasan, sino verdades que nos contienen y abrazan". (Marcel, 2003, p.158).

Marcel depura el concepto filosófico de misterio, no como lo incognoscible, sino como revelación del ser en su inagotabilidad. Marcel afirma que en la realidad existen problemas como enigmas, incógnitas y aporías que el entendimiento intenta despejar. Pero estas no se logran superar mediante las técnicas del conocimiento. El misterio del ser desborda las categorías de absoluto—relativo, trascendente—Inmanente, subjetivo—objetivo, ya que estas categorías son incompletas e inadecuadas para objetivar su realidad. Las únicas categorías adecuadas para pensar la realidad del ser son las categorías personales, jamás lo serán las del pensamiento objetivista y cosificador.

Según Marcel, (2005) la esperanza constituye una verdadera respuesta del ser y debe ser entendida desde un plano profundo y ontológico, no desde el plano superficial de la psicología. Para entenderla, es necesario reconocer que ésta pertenece al nivel del nosotros y no al nivel individual, tiene un carácter profético pues constituye un saber más allá del no saber, se recibe

por gracia y nos revela nuestra existencia transitoria. En su obra *Homo Viator*, después de sus extensas consideraciones acerca de la esperanza, Marcel ofrece una definición a este término:

La esperanza es esencialmente, se podría decir, la disponibilidad de un alma tan profundamente comprometida en una experiencia de comunión como para llevar a cabo el acto que trasciende la oposición entre el querer y el conocer, mediante el cual ella afirma la perennidad viviente de la cual esta experiencia le ofrece, a la vez, la prenda y las primicias.” (Marcel, 2005, p.79).

4.3.5 La desesperanza y el suicidio. Alguna vez escuche una historia de tres velas encendidas: el amor, la fe y la esperanza, que ante la crueldad y maldad iban agotando sus fuerzas hasta quedar apagadas. El amor se apagó primero y luego la fe. Pero la esperanza mantenía su luz encendida y no solo sobrevivió a la extinción, sino que logro avivar el fuego de las dos primeras. Es una historia simple, pero que quizá tiene un gran valor si se examina bien, pues también lo dice el adagio popular “la esperanza es lo último que se pierde”, y me atrevo a decir que esos aforismos van también construyendo eso que Marcel llama el herbario de la sabiduría universal. Pero si se apaga la luz de la esperanza, lo que queda es oscuridad.

Para Marcel, (2005), antes de la esperanza es la desesperanza, «inespoir», un estado del horror, angustia que aparece después de una vida vivida según el «avoir». La desesperanza, no es lo mismo que el temor, puesto que éste se deriva de la posibilidad que uno percibe de perder lo que posee, mientras que la desesperanza es un darse cuenta de la propia ineptitud, precisamente a pesar de tales posesiones. Podemos reconocer la desesperanza como el estado en el cual el ser humano se rinde ante una situación que considera irremediable, una parálisis en la que se pierde la consistencia interior, desconectándose del mundo circundante y abandonándose en la soledad. Y en este sentido, la considera como un estado que atenta contra la vida misma.

Además, afirma que la esperanza es don que se nos ofrece gratuitamente, solo después de ese estado de reconocimiento de la incompetencia y miseria humana, que conlleva ese estado de la desesperanza.

La desesperanza, la soledad y el deseo de muerte tienen puntos de encuentro, puesto que la desesperanza consiste en deshacerse, desconectarse vitalmente del mundo alrededor y ubicarse frente a una amenaza que posiblemente es la muerte. La desesperanza se presenta como un hechizo, una acción maléfica que da contra la misma sustancia de mi vida. Marcel (2005) la define como una especie de muerte lenta. Desesperar es dejarse fascinar por la idea de mi propia destrucción hasta tal punto que solamente la muerte pondrá fin a mi mal.

En sus reflexiones de su obra *Homo Viator*, sobre la desesperación que implica la condición de ser mortal, escribe: << ¿Cómo, atacado de vértigo, no cedería a la tentación de poner un término a esta espera, a esta pausa miserable e indeterminada, de liberarme así del suplicio de la inminencia? Con ello, decía, se constituye para mí una meta problemática del no ser ya, que es al mismo tiempo una sistemática de la desesperación y que no se suprime más que en el suicidio>>. (Marcel, 2005, p.79) Un tema importante, afirma para el estudio de ciertas psicosis.

En este punto nos encontramos de cara con uno de los grandes problemas filosóficos: el suicidio. Según Marcel, (2005) es precisamente en el suicidio donde la desesperanza puede desembocar. Sin embargo, a diferencia de otros filósofos que tratan el tema de la desesperanza, Marcel resalta la posibilidad de superarla, pues afirma que, así como la desesperanza toca el fondo metafísico del hombre, la esperanza también lo lleva a la cúspide metafísica.

Según Marcel, para superar este estado de la desesperanza es necesario algo que esta fuera de mí, y podría entonces entenderse como algo externo o más allá de las propias capacidades humanas; y si no procede de sí mismo debe provenir de alguien más:

La esperanza, así parece con toda evidencia, no apunta hacia aquello que está en mí, aquello que pertenece al dominio de mi vida interior, sino más bien hacia aquello que se presenta como independiente de mis posibles acciones. Para que sea posible vivir de esperanza —vivir una vida esperanzada— el hombre debe ser capaz de recibir algo de otro que sea capaz de dar u ofrecerse (Marcel, 2005, p. 73).

En la segunda parte de la obra *Ser y Tener*, en el capítulo de Observaciones sobre la irreligión contemporánea, Marcel (2003) cuestiona esa postura de la filosofía de la vida, que establece como primacía el valor de la vida, un valor incuestionable. Pero que, por entender la vida en general, como conjunto de fenómenos biológicos y no como mi vida en particular, posee imprecisiones. Esta clase de filosofía, dice Marcel, que es exaltación a la vida, al ahora y al aquí, al vivir el instante, es precisamente una vía de excusa al fin de la vida misma, al suicidio. La vida debería entenderse, afirma, como algo que me es dado, sobre lo cual no tengo derecho a decidir su fin.

No puede ser ni la vida misma, tan inclinada a pactar con aquello que la destruye, ni una verdad objetiva sea la que sea: este contrapeso ontológico no puede residir más que en el uso positivo de una libertad que rechaza la especie de ruinoso engaño por el cual ella venía a conferir a la muerte un poder del que ella misma es la única poseedora; pero a partir de esto, entonces la libertad de la que se trata aquí cambia de sentido, se convierte en adhesión y amor y, al mismo tiempo, la muerte es trascendida. (Marcel, 2003, p.301).

Veinte años después de que escribe este texto, añade que por desgracia el hombre ha visto desarrollarse y perfeccionarse técnicas de muerte que vienen a reducir el espacio en el que se ejerce esta libertad, a reducirla hasta el punto de anularla prácticamente.

4.3.6 Esperanza frente a la muerte. Como se mencionó al inicio, Marcel tuvo que

enfrentarse a la tragedia de la muerte desde su infancia. Si, en general, la muerte de un ser querido representa desgracia, para un niño la muerte de su madre puede representar la más terrible tragedia.

Marcel afirma que <<los males de este mundo deshumanizado es la ceguera frente al misterio del más allá. (Marcel, Con la pregunta como estoy situado respecto de la muerte y de mi muerte misma, empieza una exposición sobre su pensamiento. Afirma que con la pregunta se trata de ir más allá de descubrir la reacción frente la idea de la muerte. No se trata de reconocer si le temo, la espero, la asumo como liberación o me es indiferente. Es más bien situar, al sujeto pensante, susceptible de morir. Pertenece al saber (sé que moriré), pero ¿será algo más que conciencia de que el cuerpo dejará de funcionar? Quizá se podría decir de manera bastante precisa que este deber morir implica un afrontar algo desconocido; pero que este algo se presenta como un término o un límite absoluto, si este algo es considerado en la perspectiva de la vida terrestre, en cuanto comporta a la vez obligaciones y posibilidades>>. (Marcel, 2005, p.199).

4.4 Principales elementos que definen la postmodernidad como una época de crisis

Bauman (2003) ha dirigido sus investigaciones a temas globales como la naturaleza de la modernidad, para lo cual desarrolla el concepto de la “modernidad líquida”. Con este concepto define el estado fluido y volátil de la actual sociedad, carente de valores sólidos, en la que la incertidumbre por la rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos. De acuerdo con el sociólogo y filósofo dentro de los aspectos que pueden configurar una sociedad en crisis, se encuentran la crisis de la identidad, el consumismo, la incertidumbre y la fragilidad entre los vínculos humanos.

4.4.1 La crisis de identidad. González, (2007), comentando a Bauman, afirma que <<el termino identidad, en general se refiere a la cualidad de idéntico.

La identidad es la que permite dar respuestas a preguntas sobre quién soy, cómo soy y a qué pertenezco, de esta manera se produce arraigo y sentido personal en el mundo; también es entendida como la respuesta que nos damos y, a la vez, que nos dan para identificarnos con la comunidad a la que deseamos pertenecer.>> González, (2007) (p.7).

González sostiene que todavía la teorización sobre la identidad no está agotada y, antes bien, su discurso en la medida que busca en lo profundo del tema aspira a demostrar más acerca de la situación actual de la humanidad. Actualmente se considera que la identidad se encuentra en constante construcción ya que cada día el hombre explora los modelos de conducta a seguir y esta identidad no se somete a los referentes colectivos que regulan la vida del hombre, sino que es totalmente independiente.

En este sentido la crisis de identidad surge cuando se confronta lo que puede ocurrir cuando las respuestas a los cuestionamientos quién soy, cómo soy y a qué pertenezco que de alguna manera no son claros, cuando una persona no es la misma que se supone o se busca, y cuando los procesos de individualización causan una ruptura contra el determinismo innato y social. Cabe recordar que los antiguos estamentos que agrupaban a iguales, formaban identidad y determinaban modelos para la realización humana, con el tiempo estos vinieron a ser sustituidos por las clases sociales. La tarea de auto identificación de los individuos se redujo así al desafío de ajustar las pautas de vida de acuerdo con los nuevos tipos de costumbres sociales que impuso la modernidad muchos de ellos impulsados por lo económico.

Dado que el caos y la incertidumbre despiertan una sensación de miedo, la identidad se convierte en una necesidad de pertenencia que nos brinda seguridad. Así que la exclusión del círculo de identidad con el que más nos podemos identificar implica desarraigo y soledad. La individualización del hombre que es el comportamiento característico de la modernidad y que

contiene también la idea emancipadora del individuo respecto de la determinación, heredada o innata de su carácter social, y lo deja abierto a la aventura y realización individual ahora por construir. Justamente este carácter incompleto de la identidad, en especial la responsabilidad por completarla, construirla, está irremediabilmente enlazada con todos los aspectos de la sociedad moderna.

Bauman citado en González, (2007), afirma que el proceso de la individualización, aparejado a la modernidad, no es otra cosa que la consecuencia de la liberación humana de sus destinos sociales y confrontarse con la tarea ardua y solitaria de construirse otra identidad humana con las responsabilidades y consecuencias, de esta manera, lo que causa crisis y falta de certeza en los individuos contemporáneos no es tanto la búsqueda de un espacio social afirmativo de identidad y luego conservarlo, sino la sospecha de que ese marco de actuación social fuente de seguridades y de reconocimientos terminará desvaneciéndose.

Según lo anterior, la identidad del hombre moderno es una constante migración de mundos de vida social y, al mismo tiempo, es la realización sucesiva de una serie de posibles identidades donde las estructuras de cada mundo de vida social se experimentan como inestables, además, la reflexividad sobre identidad no ocurre sólo sobre el mundo exterior, sino también hacia la subjetividad del individuo. De esta manera, la crisis de la identidad se ve reflejada en la cultura la cual es la máxima expresión de la identidad y tras la emergencia de una cultura global que quebranta las fronteras culturales tradicionales contraponiéndose a la idea de identidad cultural y reduciendo el control del estado en la formación de ciudadanos, deja en total vacío de sentido a sectores enteros de sociedades humanas haciendo que la identidad ya no puede definirse por la pertenencia a una comunidad sino a una aldea planetaria.

4.4.2 Consumismo. El consumismo en la sociedad actual, esta tan arraigado que suele

desconocerse que es el resultado de procesos seriamente planificados en aras del mero lucro empresarial. El consumo compulsivo de bienes es la causa principal de este fenómeno. Es así como el cambio tecnológico nos permite producir más de lo que demandamos y ofertar más de lo que necesitamos. Bauman, (2003), sostiene que este fenómeno social está estrechamente relacionado con la cultura. De esta manera, el autor menciona que el término cultura ha venido cambiado constantemente en las últimas décadas. Inicialmente nació como algo humano para establecer nuevas normas y crear un nuevo orden en una sociedad confusa, para dirigirla a un objetivo en común, en este sentido, el término cultura era el de construir una sociedad madura que mantuviera normas de convivencia.

No obstante, según el autor, este concepto ha pasado de ser una colección de normas a una colección de ofertas, de una fuerza estabilizadora a una fuerza desestabilizadora. El autor atribuye esta transformación al hecho de que la cultura se ha comercializado dejando atrás las necesidades humanas y ha pasado a preocuparse por las instituciones tales como la radio, la televisión, el internet convirtiendo el desarrollo social en una oferta económica y al ser humano en una figura de mercancía. Todos desean las facilidades y confort que ofrecen las instituciones por medio de la publicidad. Ésta a través de sus estrategias comerciales manipula la voluntad y estimula el deseo de consumir placer trayendo como consecuencia un giro en el sistema de valores morales de la humanidad. Se aprecia el tener y el placer en sí mismo, sin indicadores de que fueran conductas inteligentes. Lo más importante en la cultura actual es poseer bienes y consumir placeres pasando de la economía de subsistencia a la economía del deseo de bienestar.

En adición Bauman, (2015) sostiene que la cultura actual no tiene un modelo definido a seguir. Para ello acuña al término “interrecnun” retomado del gobierno romano, el cual se refiriere al estado de tiempo en que un pueblo estaba sin gobernante, no tenía un modelo de

conducta a seguir, las normas no estaban establecidas, produciendo un estado de confusión total; de la misma manera el autor hace referencia a la sociedad actual. La cual considera imposible de caracterizar por ser cambiante y resistente al sometimiento de lo tradicional, que a la vez se siente libre de sus obligaciones y enamorada de la libertad subjetiva la cual le permite caracterizar al mundo de la manera emancipada.

De esta manera, el consumismo se ha convertido en un sistema de vida que afecta las relaciones sociales. Por un lado, el poseer es un indicador que se presenta como la realización de la vida humana plena, de autoafirmación individualista en la que los seres humanos han llegado a un momento en el que la ampliación de la libertad subjetiva ha llegado a un máximo. Este tope se evidencia en el desconocimiento que se muestra de los límites que se requieren para alcanzar la armonía social, el ser humano es indiferente a las reglas y normas establecidas por lo que instaure normas propias que le dicta su libertad individual hasta decaer en es un estado de crisis, consecuentemente el ser humano entra en crisis, por lo tanto se hace necesario el reconocimiento de que la tarea moral es llegar a acordar las reglas y los usos para hacer un empleo virtuoso social responsable de esa esfera y una reapropiación de los límites que permitan la armonía social.

4.4.3 La incertidumbre. En relación con el aspecto de la incertidumbre, Vásquez (2008) citando a Bauman, la asocia con el miedo al futuro, la falta de consenso, y la exclusión. En primer lugar, según el autor, el miedo es el nombre que se le da a la incertidumbre, a la ignorancia con respecto a la amenaza y a la incapacidad para combatirla, así mismo, el miedo aumenta cuando la amenaza se percibe por todas partes, pero no se puede situar de manera concreta. El miedo se presenta, por ejemplo, cuando los seres humanos a través de los medios de comunicación escuchan rumores de guerra, hambre, desempleo, enfermedades haciendo que la

visión frente al futuro se pueda manifestar de manera trágica.

Para referir la incertidumbre asociada al miedo hacia futuro, el autor señala que se pasó de un mundo sólido bien establecido a un mundo líquido. Esto quiere decir que el mundo líquido es aquel que no tiene molde y requiere mucha presión para mantener las masas compactas porque de lo contrario cambian su forma. Caracteriza al mundo líquido impregnado de incertidumbre, fragilidad transitoriedad, miedo, el cual cambia de forma inesperada por lo que se hace difícil pronosticar cómo reaccionar ante nuevas situaciones. Esta condición conlleva a la crisis humana y a dilemas de confianza en sí mismo por su incapacidad de pronosticar y planear el futuro y siempre tendrá que estar preparado para los hechos que lo tomen por sorpresa.

Asimismo, la incertidumbre en relación con la falta de consenso tiene que ver con la dificultad actual de la humanidad para ponerse de acuerdo frente a aspectos como normas e instituciones que permitan regular la conducta humana. Esto se puede ver haciendo una comparación entre la época en que el hombre puso la esperanza de encontrar las respuestas a las crisis a través del método científico y la razón, esto suponía un consenso que conlleva a la armonización de la sociedad la cual estaba segura de que una vez que se tuviera el conocimiento que la ciencia provee se tendría los elementos para implementar soluciones. Sin embargo, en la época actual no sucede lo mismo, sino que por el contrario al hombre se le dificulta tal acción. Es así como si en la actualidad se efectuara un sondeo para establecer qué es lo que hay que hacer para salvar a la humanidad habría unanimidad en temas como la guerra, el calentamiento global, una mejor relación con la naturaleza, la decadencia de valores y muchos otros aspectos relevantes y trascendentes que ha hecho imposible llegar a un acuerdo.

Al respecto, el autor afirma que la globalización es ese fenómeno negativo que impide el consenso. La razón de su afirmación es que las fuerzas que gobiernan actualmente son el capital,

la tecnología, la criminalidad, las mafias, el narcotráfico minando las instituciones de la sociedad trayendo como consecuencia el desconocimiento de las leyes nacionales, el odio a los límites sociales y a lo que los códigos legales les imponen, es decir, la sociedad líquida es la destrucción de las normas por las que nuestros antecesores lucharon.

Otro aspecto que contribuye al incremento de la incertidumbre es la exclusión. En este mundo de incertidumbres, de falta de consenso, reina también la individualización, cada uno parece luchar por su propio bien. Sobresale el más sagaz, el más fuerte, el más competente, indiferente a los problemas de sus semejantes, confirmando la exclusión como una ley natural en la que los humanos solo se vinculan con los demás por beneficio propio. Este hecho se convierte en la fuente más importante de la que emana el miedo contemporáneo. Sin embargo, a este se le suma otras situaciones de exclusión tales como los despidos y la pobreza las cuales hacen que el hombre tenga más miedo.

Se ha tratado de explicar arriba los aspectos asociados a la incertidumbre. De acuerdo con esto se podría concluir que estamos en una sociedad posmoderna difícil de caracterizar por lo que el autor la ha llamado modernidad líquida. En esta época, la incertidumbre ha sido el aspecto que la caracteriza porque las dinámicas inherentes a ella hacen que se produzca miedo al futuro, los consensos sean imposibles de lograr y se presenten fenómenos de exclusión. A manera personal, aunque se ganó en libertad renunciando a la seguridad del pasado cuando se tenían las cosas más previstas; la modernidad representa un tiempo sin certezas lo cual conlleva a un sentido de incertidumbre profundo que a la vez se traduce como crisis humana.

4.4.4 La crisis humana y la fragilidad de los vínculos humanos. La crisis humana se ve reflejada según Bauman, (2003) en la fragilidad que se presenta en los vínculos que se establecen entre ellos. Dicho de otra manera, el miedo a establecer relaciones duraderas como el

compromiso, a tener hijos y amar al otro hace que se genere una crisis en cada persona. El hombre padece la confrontación entre la necesidad del otro y el temor a perder la libertad sometiéndose a una relación, que con el tiempo le puede traer problemas y tensiones que no está dispuesto a soportar. De tal manera que si el compromiso no tiene sentido, las relaciones ya no son confiables y difícilmente duran, el individuo contemporáneo se inclina a cambiar de pareja a través de diferentes maneras sobresaliendo entre ellas las redes sociales.

Entonces la definición romántica del amor «hasta que la muerte nos separe» está decididamente pasada de moda, pues las estructuras que se encargaban de mantener firmes estas convicciones en la modernidad están deterioradas, ya no son importantes el individuo contemporáneo es consciente de los fracasos que muchas de estas producen y evita pasar por este tipo de gastos innecesarios (Bauman, 2003,p. 49).

Esta afirmación señala que las relaciones sentimentales son ambivalentes que se puede comparar con una bendición a medias que oscilan entre un dulce sueño y una pesadilla y no hay manera de establecer en qué momento una se puede convertir en la otra.

Otro de los puntos de la fragilidad en los vínculos humanos en la modernidad son los roles o funciones de los hijos. Bauman (2003), los considera como un objeto emocional en la medida que ellos satisfacen una necesidad, producen alegría paternal que ningún objeto comercial puede garantizar, pero representan, en términos monetarios, un gran costo incomparable al costo de otros objetos exuberantes. Además se evitan tener hijos porque a diario vivimos en una realidad de un mundo que no es capaz de ofrecer caminos profesionales confiables ni empleos fijos con gente que trabaja en un lugar y después en otro y se gana la vida a medida que las circunstancias van cambiando. Tener o no tener hijos es probablemente la decisión con más consecuencias y de mayor alcance que pueda existir, y por lo tanto es la decisión más estresante y generadora de

tensiones a la que uno pueda enfrentarse en el transcurso de su vida como puede verse, el punto de vista expuesto por el autor señala la crisis del ser humano al momento de comprometerse con una pareja y, aún más, a la hora de decidir tener hijos, es decir, tener una familia. Al respecto el autor agrega:

Armar una familia es como arrojarse de cabeza en aguas inexploradas de profundidad impredecible. Tener que renunciar o posponer otros seductores placeres consumibles, un sacrificio en franca contradicción con los hábitos de un prudente consumidor, no es su única consecuencia posible. Tener hijos implica sopesar el bienestar de otro, más débil y dependiente, implica ir en contra de la propia comodidad es reducir nuestras ambiciones profesionales o económicas es comprometerse irrevocablemente y con final abierto sin cláusula de «hasta nuevo aviso», un tipo de obligación que va en contra del germen mismo de la moderna política de vida líquida y que la mayoría de las personas evitan celosamente en todo otro aspecto de sus vidas. (Bauman, 2003, p.207).

Como último factor de la fragilidad de los vínculos humanos está el amor al prójimo. Este es uno de los pilares de la vida civilizada, pero a la vez uno de los más contradictorios en esta época que se aviva de la razón del autointerés y de la búsqueda de la propia felicidad. Amar al prójimo solo se ha convertido en una muletilla religiosa algo porque, según Bauman sólo se ama cuando se recibe amor, cuando es merecido y no por convicción religiosa.

En contraste con el principio de la era de la modernidad Bauman (2003), afirma en su obra amor líquido que el amor al prójimo como lo enseñó el hijo de Dios quedó olvidado. A manera de ilustración sobre la crisis humana frente al amor al prójimo, cabe señalar la comparación que Bauman hace entre el espejo de los *realitys gran hermano survivor* y la vida cotidiana. Para el autor, el mensaje de estas series es no confiar en nadie enseñando que nadie es indispensable,

que nadie tiene derecho a su parte de los frutos del esfuerzo común por el sólo hecho de haber contribuido a éste, y menos aún por ser, simplemente, miembro del equipo. La vida es un juego duro para gente dura, añade estos mensajes, cada partida comienza desde cero y los méritos pasados no cuentan, sólo valen los resultados del último duelo. En estos *realities* en cada momento los jugadores luchan por sí mismos y para alcanzar la cima, primero se debe cooperar para excluir a los otros que le obstruyen el camino, por lo que la cooperación es usada pero para vencer uno a uno a todos aquellos con los que antes había cooperado y desecharlos cuando ya no son útiles.

Fue así como esta época se convirtió en una de las peores que ha vivido la humanidad, es decir, la primera y segunda guerra mundial cuando se perdieron muchas vidas en nombre de ideales políticos que pretendían gobernar al mundo. La historia demostró que todos estos ideales eran un absurdo y el precio de estas fueron la cantidad de vidas perdidas negando la dignidad humana como lo mostro la historia y como lo afirma el autor:

El derecho del más fuerte, ingenioso el sobrevive a los más débiles y desafortunados es una de las lecciones más horrosas del Holocausto. Una lección, aterradora, pero por la misma razón rápidamente aprendida, incorporada, memorizada aplicada como un error que nunca podemos volver a cometer (Bauman, 2003, p. 383).

Estudiando las concepciones de El autor sobre cómo se comportan la mayoría de las personas en la sociedad actual, se llega a la consideración que en la modernidad líquida el hombre se asemeja al animal en comportamientos de sobrevivencia; como lo afirma en su obra amor líquido:

La historia de la supervivencia está condenada a desarrollarse siempre de la misma manera monótona: en un juego de supervivencia la confianza, la compasión y la clemencia (atributos

fundamentales de la «expresión soberana de la vida» de Lógstrup) son suicidas. Si uno no es más duro e inescrupuloso que todos los demás, lo destruirán, con o sin remordimientos. Hemos regresado a la sombría verdad del mundo darwiniano: los que sobreviven son invariablemente los más aptos. O, más bien, la supervivencia es la prueba última de que uno está en buena forma. (Bauman, 20003, p.399).

Frente a todo este panorama, Marcel (2003), afirma que existe una vía para superar esta situación agónica y desesperante: dejar de lado el orgullo y la pretensión de dominio, es decir, reconocer la necesidad de algo o, más concretamente, de alguien superior. El hombre tiene que encontrar el espejo en el que mirarse y ese espejo solo puede ser Dios, pues el ser humano es imagen de él. Junto a esta espera o esperanza de tipo más bien religioso, también existe en la obra del francés una confianza depositada en el ser humano, pues éste es capaz de ejercer su libertad para alcanzar un conocimiento de su intimidad que le ayude a guiar su existencia.

5. Conclusiones

Analizar las características que definen una época o sociedad contemporánea en crisis es una tarea muy compleja. De igual manera lo es determinar si una época fue mejor que la otra o cuales sociedades vivieron mejor. Además, parece ser una tarea para la que ya no queda espacio ni tiempo. Al parecer, solo cuando nos situamos frente a la tragedia, a la destrucción o la muerte parece que el hombre se detiene a pensarse, aunque también ya muchos se han acostumbrado a vivir indiferentes.

Sin embargo, el panorama de guerra, de destrucción social, de defraude ante el sistema que vivió Gabriel Marcel, sumado a la tragedia familiar determinaron una actitud de interrogación, una actitud de búsqueda de respuestas que, a lo largo de sus años, determinaron un posicionamiento frente a la comprensión del existir. Su filosofía parece tener como propósito ir más allá de los problemas de la razón para penetrar en el misterio del ser y en el misterio de lo religioso.

Marcel no se acostumbra a la destrucción, no es indiferente ante el sufrimiento humano, por esta razón busca respuestas hasta lograr trazar una ruta esperanzadora abriéndose a la experiencia cristiana. El filósofo ve el mundo al borde de la tragedia de destrucción y deshumanización. Por eso, hace una mirada crítica a la misma libertad humana, esa libertad que, de acuerdo con Bauman, ha sacrificado otros valores. Marcel descubre la capacidad de odio, de crueldad que ha conducido a la propia destrucción.

Un poco más de cincuenta años han transcurrido desde que Marcel criticara ese estado de “progreso” de la sociedad racionalista, de comienzos del siglo XX. Y es que el progreso puede cuestionarse, toda vez que estos inicios de siglos, fueron ensangrentados con la tragedia de las guerras mundiales. En el análisis que hace Marcel, con el racionalismo, la sociedad liberada de

los designios de la fe, es ahora sometida a los de la razón y la técnica, el hombre se convierte en un haz de funciones. Y es así, como se ha impedido que el hombre dirija su mirada hacia el ser, absorbido por el tener; el resultado: el empobrecimiento de la vida interior. Hoy, a comienzos del siglo XXI, Bauman con una mirada diferente de la que nos ofrece Marcel, coincide en un punto central con él: el estado de crisis de la sociedad actual en temas como la fragilidad de los vínculos humanos, el consumismo y la crisis de identidad que tal vez sea el desenlace de ese empobrecimiento de la vida interior de la que nos habló Marcel.

Con el concepto de sociedad líquida, Bauman define el estado fluido y volátil de la actual sociedad, carente de valores sólidos, en la que la incertidumbre por la rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos. De acuerdo con este filósofo, dentro de los aspectos que pueden configurar una sociedad en crisis, se encuentran la crisis de la identidad, el consumismo, la incertidumbre y la fragilidad entre los vínculos humanos.

En la búsqueda de libertad, otros valores como la seguridad y el amor han sido sacrificados. De acuerdo con Bauman, en las sociedades posmodernas, hemos ganado en libertad, renunciando a la seguridad del pasado donde el futuro era más previsible, pues la modernidad líquida es un tiempo sin certezas. El proceso de la individualización, aparejado a la modernidad, no es otra cosa, afirma, que la consecuencia de la liberación humana de sus destinos sociales y confrontarse con la tarea ardua y solitaria de construirse. Los vínculos humanos carecen de solidez y estabilidad. Hay muchos más efímeros sentimientos que amores eternos, y como consecuencia familias inestables, que se redefinen como producto de todo aquello que se supone ser cambiante.

El cambio es visto como sinónimo de progreso, pero el progreso no parece ser sinónimo de prosperidad, vida digna o justicia social. La pobreza siga marginando a muchos en medio de un

mundo cada vez más global, millones de personas sobreviven sin tener espacio, opción o elección. Sin embargo, este panorama de creciente pobreza y desigualdad social, de crisis de identidad, de incertidumbre, de fragilidad en los vínculos humanos, de empobrecimiento de la vida interior (producto tal vez del racionalismo y la irreligión) no puede ser más desesperanzador que aquel que, en medio de los desechos humanos arrojados por las guerras mundiales, permitiera a Gabriel Marcel hablarnos de la esperanza.

Y es que solamente si nos situamos con una mirada esperanzadora frente a estos panoramas, podemos hacer algo para reconstruir o por lo menos detener el ritmo de la destrucción hacia donde el mundo parece conducirse. No es necesaria mucha reflexión, ni análisis del pensamiento de nuestros filósofos contemporáneos, basta con mantenernos informados de las noticias de actualidad en el mundo para tener, elementos que permiten considerar esta realidad. Sin embargo, la mirada del sociólogo o filósofo permiten comprender lo que percibimos de la realidad de manera fragmentada.

Una realidad frente a la que no podemos ser indiferentes o simplemente sentarnos a llorar. El aporte de Marcel para esta época de crisis es persuadirnos a tener esperanza frente a la inminente destrucción. Es que la esperanza, dice Marcel, mide lo que queda de vitalidad frente a una amenaza destructiva, es la que nos permite superar el deseo de desesperar, es resistencia a lo que se presenta como realidad. La esperanza es realmente la fuerza, el impulso detrás de todo proyecto, plan o campaña que busca transformar una situación dada.

La lucha contra la desesperanza en las comunidades marginadas debe seguir siendo esa fuerza de vitalidad contra la amenaza destructiva de la segregación social. Debe seguir siendo la fuerza que moviliza a la protesta en las calles contra la injusticia. La esperanza debe seguir impulsando a muchos a resistir la fuerza destructiva del mal. La lucha contra la desesperanza fue necesaria en

aquellos que optaron por el suicidio, aquellos que se rindieron ante situaciones que consideraron irremediables. También nosotros estaremos muertos cuando dejemos de intentar. Pero si la desesperanza paraliza, la esperanza libera.

Sin embargo, habría que preguntarse si un simple o elaborado discurso sobre la esperanza es capaz de producir esa fuerza o vitalidad, esa convicción de que vale la pena resistir, reintentar o creer. Según Marcel esa lucha activa contra la desesperanza no es algo orgánico, sino espiritual, es respiro del alma. Marcel nos habla de una marca ontológica de la esperanza: esperanza absoluta inseparable de una fe absoluta. Es necesario considerar que Marcel fue además de filósofo un hombre religioso, un hombre que decidió indagar el trasfondo de la religión específicamente el cristianismo y que a lo largo de las experiencias vividas fue estableciendo una convicción de su fe.

Es en este sentido que Marcel desarrolló una filosofía de la existencia reflexionando sobre la religión desde la experiencia e intentó distinguir de manera radical el saber y la fe: el paso del yo pienso al yo creo. Marcel consideró que en el cristianismo tenía que haber una realidad extremadamente profunda y su deber como filósofo era comprender esa realidad. Producto del deber cumplido son las ideas que han sustentado este trabajo.

Tal vez no es posible precisar si un trabajo de este tipo pueda persuadir al lector sobre la necesidad de volver a valorar la esperanza, como cuando la enseñaron en las aulas de primaria. O si un simple o buen discurso genere esa vitalidad que es la esperanza, y que según Marcel es un don recibido por gracia. Lo que sí sabemos es que quien inspiró este trabajo es un hombre con una experiencia espiritual que le convenció de su fe. La fe resulta para muchos, ingenua, pero también es ingenuo pensar que la fe se funda en simples conceptos. Es necesario comprender que la fe es convicción, pero esta convicción casi siempre es producto de experiencias.

De igual manera quien escribe esta propuesta es un hombre que ha sido persuadido, no solo por un discurso, sino unas experiencias religiosas que lo tienen inquieto y, que reconociendo su condición itinerante y su deber como filosofo ha empezado a indagar. En una época de libertad, como la que vivimos, no parece prudente considerar que todas las posiciones que se asumen frente al mundo son igualmente válidas. Necesitamos puntos de referencia para adoptar posiciones de manera la aportación de Marcel resulta muy valiosa. A una sociedad que busca afanosamente la libertad vale la pena decirle que la esperanza es pieza esencial para acceder al sentido de una existencia libre.

6. Bibliografía

Bauman, Zygmunt. (2003). Modernidad líquida. Fondo de cultura económica.

Bauman, Zygmunt. (2003). Amor líquido. Traducción Mirta Rosenberg, ESPA, PDF.

Derisi, N. Octavio. El existencialismo de Gabriel Marcel. Tomado de

<http://200.16.86.50/digital/Derisi/Derisi-articulos/derisi50-50.pdf>.

González, Noé. Bauman. (2007). Identidad y comunidad Espiral, vol. XIV, núm. 40, septiembre-diciembre, p. 179-198

Universidad de Guadalajara, México.

Heidegger, Martin. (2001) ¿Qué es la metafísica?, Traducción Xavier Zubirí.

Marcel, Gabriel. (2003) Ser y tener, segunda edición revisada traducción de Ana María Sánchez. Editorial Caparros.

Marcel, Gabriel. (2005). Homo Viator, ediciones salamanca. Colección dirigida por Gabriel García.

Marcel, Gabriel. (1971). Filosofía para un tiempo de crisis. Ediciones Guadarrama.

Marcel, Gabriel. (1967). En busca de la verdad y la justicia. Barcelona. Editorial Herder.

O' Callaghan, Paul. (2008). La metafísica de la esperanza y del deseo en Gabriel Marcel.

Pérez, José Seco. (1990). Introducción al pensamiento de Gabriel Marcel. Instituto Emmanuel Mounier; tomado de <http://www.mounier.es/cuadernos/Marcel.pdf>

Vásquez, Adolfo. Modernidad líquida y fragilidad humana. 2003